

SEGUNDO PUESTO

Diciembre negro

Leydi Arias Castellanos
"Marie Madeleine"
Contadora Pública
Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas
leydi82@gmail.com

Era un día de diciembre, de esos hermosos y soleados en los que se ve el cielo azul y despejado; de esos días que, desde el inicio del mes, huele a natilla y buñuelos; en los que algunas personas se vuelven más amables y el espíritu navideño está a flor de piel. Tenía 14 años en ese entonces y como toda adolescente era rebelde con mis padres: de aquellas que obedecen rara vez y hacen su santa voluntad.

Mi madre juiciosamente preparó un delicioso y nutritivo almuerzo, llamó a comer a mi papá y a mi tío, que estaban en el negocio, y ellos subieron del primer al segundo piso. Me pidieron el favor de que cuidara el local de mi padre por una de las ventanas mientras ellos terminaban, para que ningún amigo de lo ajeno se llevara alguna herramienta, y así lo hice, aunque sin el más mínimo gusto.

Miraba de lado a lado la gente que pasaba por la calle, algunos se veían felices, otros desalentados contaban sus monedas para hacer las compras, otros alegaban entre ellos como polluelos peleando por su comida y los más chicos, que disfrutaban de sus vacaciones, jugaban de esquina a esquina con balones, carros y cuerdas: un día común que hasta ese momento nada de raro tenía.

Cuando volví a mirar hacia mi lado izquierdo, reconocí a un vecino muy amable que se dirigía a la siguiente cuadra en donde todavía existe la empresa donde él trabajaba. Era raro verlo pasear por el barrio a esa hora. Eran como las 12 y 40 p. m. Además, era conductor y casi no se le veía caminando, sino en la camioneta de la compañía.

Cuando ya estaba pasando frente a mi casa, me saludó con la expresión de su mano. Llevaba en su espalda un morral negro grande. Luego escuché como frenó una moto detrás de él: dos hombres la conducían. Identifiqué al que manejaba porque no llevaba casco, le decían «Pocho», vivía en la siguiente calle y andaba en malos pasos. Eso lo sabía todo el barrio, aunque nadie decía nada, allí

operaba la ley del silencio. La gente no comentaba nada porque estaba bajo amenaza.

Según decían, delinquía desde los 14 años y era líder de una banda conocida como «Los Negros», además, desde su infancia, estaba en ese mundo, ya que su familia se dedicaba a ese tipo de negocios. Su abuelo fue quien empezó con los ilícitos y, de ahí en adelante, como decimos comúnmente, pasó de generación en generación.

Se bajó rápidamente de la moto y desde allí me apuntó con un arma y me gritó: —¡Quédese quieta si no quiere que le dé su pepazo!—. Eso es lo que puedo decir en palabras decentes: su expresión fue más vulgar y grotesca; pero, en resumen, eso fue lo que me dijo. Me quedé totalmente inmóvil, petrificada cual estatua en un museo de arte e igual de fría a un témpano de hielo; hasta la respiración se me disminuyó.

El compañero de este hampón, quien sí llevaba el casco puesto, se bajó de la moto y atacó a mi vecino (aquel pobre que me había saludado con amabilidad) y con su arma le golpeó la cabeza una vez tras otra hasta que sangró. En medio del forcejeo y los insultos, mi vecino se resistía al robo del dinero que transportaba a su empresa para pagar las primas decembrinas de todos los empleados y luchaba a capa y espada cual espartano en medio de la batalla. La gente corría despavorida y buscaba un lugar para resguardarse. No sé si llamaron a la policía, aunque no es que sirviera de mucho, también todos sabían que algunos de estos uniformados tenían negocios con ellos y creo que eso no había cambiado mucho, porque la mayoría de veces los habíamos visto visitándolos en sus propias casas.

Finalmente, ganó el ladrón, dejó a mi vecino malherido y tendido en el pavimento, su cabeza parecía una fuente de sangre pues le brotaba incontrolablemente (eso es lo más impresionante que he podido ver hasta ahora). Se subieron a la moto y huyeron con rumbo desconocido. Todo fue tan rápido en comparación con nuestro

amigo de las manecillas, pero al mismo tiempo parecía una película en la que pasan las escenas en cámara lenta. Para mí, fue como una eternidad, esperaba que se acabara pronto, otras personas fueron a ayudar a mi vecino y yo ahí, desencajada, aterrada, todavía inmóvil, llena de rabia, de dolor, con ganas de gritar, de llorar, de correr, pero sin poder hacerlo, el cuerpo no me respondía. Así duré unos minutos, mis padres decían que estaba tan pálida como una hoja blanca de papel.

Duré varios días soñando con esa terrible escena de mi vecino ensangrentado batallando y con la imagen del ladrón apuntándome; de nuevo, en mi mente, rondaba esa mirada tan fría y tan macabra de él, listo para dispararme si hacía el más mínimo movimiento.

También imaginaba qué hubiera pasado si, por un solo grito mío o alguna señal, se hubiera dañado su cometido, o qué tal si él hubiera disparado... ¿Estaría viva acaso o con algún daño o secuela por ese horrible evento?

Hoy, 21 años después, lo recuerdo como si hubiera sido ayer. Reviví ese día, porque al ir a hacer unas compras, pasé por el frente de la casa de ese monstruo que me apuntó con el arma y lo vi bebiendo una cerveza en la entrada de su casa, él me vio y me saludó. Salí corriendo, corrí tan lejos por unos segundos, me asusté mucho, lloré un poco. Creo que, por fin, salió ese llanto que había contenido todo este tiempo; y no un llanto por haber visto algo hermoso, sino un llanto de dolor, de terror. Ese hombre no sabe ni sabrá todo el daño que me hizo. Ahí se quedó riendo tan jocosamente con sus amigos, sin la más mínima preocupación; sin saber que ese fue el día más aterrador de mi vida. Pero, para él, fue un trabajo como los que hacía todos los días en diferentes sectores de la ciudad, uno de tantos trabajos que cumplió con total éxito.